

Fragmento del 28 de junio de 1914

traducción de Ariel Dilon

Cuando el motor del auto arrancó, el Archiduque dejó escapar, a pesar suyo, un largo suspiro de alivio. Discretamente, pues sabía que Sofía encontraba eso detestable en un soldado, pasó el dedo medio de su mano izquierda por la visera negra de su chacó cilíndrico. Las gotitas que habían hecho brotar allí, retrospectivamente, todas esas emociones acumuladas en un intervalo tan corto, dejaron una huella grisácea en las puntas de sus guantes blancos immaculados, y, por primera vez en la mañana, experimentó el dolor que conocía bien, pero que por lo general sobrevenía más tarde, con las fatigas de su función, abriéndose paso desde la vena temporal. El inconveniente del chacó, aunque hubiera muchos a su disposición y aunque se los hubiesen confeccionado de circunferencias diferentes, al milímetro, era que el borde de cartón piedra de ese cilindro rígido no solamente irritaba, a la larga, el cuero cabelludo por encima de las orejas, que tenía despejadas, sino que además despegaba antiestéticamente la parte superior de éstas, sin contar el doloroso desarreglo circulatorio que su peso, aumentado por el del penacho de plumas color verde pálido, y su presión, terminaban por causarle.

Ahora que todo peligro había sido alejado, ella sin duda habría debido decírselo. Pero con el ruido del motor y el bullicio de la multitud, habría tenido que alzar la voz. No, un coche descubierto no era el lugar adecuado para decirle a František que ella había venido *precisamente* ante la perspectiva de una catástrofe. De una catástrofe como aquella, si el atentado hubiese tenido éxito. ¿Qué habría respondido él? ¿Que lo sospechaba? Sí. ¿Que debió haberla mandado de vuelta? También. ¿Que de qué habría servido que ella muriera al mismo tiempo que él? Seguramente. ¿Y los niños, has pensado en los niños? Sí, habría dicho eso. ¿Qué sería de ellos sin ti? También ella se lo había preguntado al tomar su decisión. ¿Qué habría sido de sus hijos si, por desdicha, llegaba a morir con František? No había esperado a llegar aquí para hacerse esa pregunta. Era la pregunta odiosa, insoportable, de cualquier madre. Cuando había oído hablar, hacía un año... un poco más... fue en abril... del accidente que les ocurrió a los hijos de esa bailarina norteamericana que vivía en Francia, en París... no, en Neuilly... recordaba incluso sus edades... tres y seis años... y sus nombres... Patrick y... ¿cómo era? un nombre raro... irlandés si no recuerdo mal... Deirdre, eso es, Deirdre... que había tenido de una primera relación, escandalosa, con ese director de teatro inglés... Edward Gordon Graig, el hijo de la actriz Ellen Terry... y Patrick de una segunda (la divierte, pensar en eso) con un norteamericano, sí, Paris Singer, el célebre inventor de la máquina de coser, ese aparato, se acuerda bien —¿dónde lo leyó? ¿o lo vio?—, que iba a cambiar la vida de las mujeres y del que Singer, decididamente un personaje curioso, había tenido el descaro de introducir la publicidad, montada sobre un vehículo, en el cortejo oficial de los esponsales de Guillermo II y de Dona, *es ist kaum glaublich*¹ (¿qué esperaban para arrancar? Potiorek también se lo pregunta; se levanta,

¹ "Es difícil de creer."

gesticula; Harrach baja del auto; regresa; parecería ser el primer chofer que tiene problemas con su vehículo; su marido aprovecha para estrechar manos desde su asiento; a éste, ella lo conoce; a aquél no; sin embargo les sonríe, tanto a uno como a otro, cálidamente), y bien... y bien, ella quedó aterrada. Como si ese accidente horrible, esa desgracia espantosa, que había involucrado a unos inocentes y a una madre que no tenía nada que ver con ella y que ni siquiera le era simpática, con sus excentricidades, su gusto por la desnudez, por la libertad sexual y por el escándalo, la tocara personalmente en tanto que mujer y madre. Morir en un automóvil de manera tan estúpida... tan cerca de su casa... y además... ¡morir ahogados! ¿Cómo había hecho esa mujer para recuperarse de eso? Lo único que atemperaba un poco su inquietud, cada vez que dejaba a los suyos, era pensar que, dentro de su desgracia, con la pérdida sus tres adorados al menos se beneficiarían del derecho, que su matrimonio morganático les había escamoteado, de aspirar a la sucesión del trono, privados como estaban de todo rango en la familia imperial. ¡Qué paradoja! Ese vejamen les evitaría al menos el adiestramiento draconiano, al cual no habrían escapado en el caso de un deceso precoz del padre si la unión de la que habían nacido no hubiese recibido el veto injurioso del viajero emperador... ¡Ah! Por fin iban a partir. (Mete la sombrilla entre su pierna y la del pantalón azul con franjas rojas de su marido, apoya el abanico sobre su regazo, contra las flores que todavía lleva en el cinturón. El conde Harrach le sonríe. Ella le sonríe a Harrach...) Pese a todo, sin duda habría debido decírselo a František... Debía decírselo ahora... Tampoco era cuestión de gritarlo... Tan sólo lo murmura. Y eso le viene en su lengua materna. Espontáneamente. La lengua que la acunó siendo la condesa Chotek de Chotkowa y Wognin. Le dice a Francisco Fernando (el auto se sacude, él no la oye), es intenso y corto como una eyaculación: "*Přišla jsem ti pomoci*". Saluda.

Se encontraba un poquito gordo desde hacía algún tiempo. O acaso es que el uniforme de ceremonias de la caballería austríaca no había sido ajustado correctamente. Tiró de los faldones de su túnica azul cielo. Su mano se encontró con la de la duquesa. La tomó en la suya. La estrechó tiernamente. Ella le respondió con una débil presión. Él inspiró profundamente. Se sentía mejor, ahora. Comenzaba a distenderse de verdad. A disfrutar del sol, de los vítores, de los minaretes, de la presencia de Sofía y del alejamiento de Viena. Ella había hecho bien en venir. En correr el riesgo de venir. En preferirlo sobre los niños. Una locura, es verdad, pero al cabo de tantos años era una hermosa prueba de amor. Súbitamente tuvo ganas de besarla, de hacerle cosquillas con los ganchos de su bigote engominado, así, en público. Eso siempre le recordaba, cuando circulaban en auto, su primer beso en la noche, en una calesa, como a las tres de la mañana, ella quería volver a la casa de su padre, su padre se iba a preocupar, y él, era malo para su salud andar por ahí a altas horas, en la humedad y la bruma... Es eso lo que lo empujó a superar su timidez con las mujeres, a tomarla de pronto por un codo, es cierto que ella se había resistido apenas, por pura forma... ¿No es verdad que ella estaba... *ach!* ... muy buena? ¿cómo decían esos pícaros franceses? ... *bandante, ja!*, más rellenita tal vez, sobre todo en el bajo rostro, que en la época de su boda, la babilla y el corvejón un poco menos firmes, pero el pecho y el escote igual de agradables de mirar, de acariciar, de... Era imperioso que perdiera esa costumbre de hablar de las mujeres en el vocabulario del jinete... No es que fuera peyorativo en referencia a Sofía en particular, por todos los dioses, pero Sofía, aunque eso

² "Vine a ayudarte."

le hiciese reír, no cesaba de reprochárselo cuando él expresaba un juicio estético en esos términos sobre tal o cual esposa o amante de sus oficiales.

A ella no le había gustado nada la mirada de ese... de ese... un apellido con "itch", como casi todos aquí... ¿Potić? ¿Ratić? ¿Scottić? ... cuando František le había lanzado, intencionadamente desde luego, al entrar en la Alcaldía y mientras los otros se informaban sobre la identidad del tira-bombas: "¿Quiere usted apostar que a modo de castigo ese gallardo recibirá una condecoración?". Él hombre había temblado bajo el ultraje de la pregunta, y su mirada, una mirada negra, dura y profunda, se había deslizado, sin duda para evitar tener que contestar, a lo largo de la espalda de František, antes de posarse en su boca, la de ella... primero su boca —¿cómo sostener una mirada que se posa en nuestra boca?— luego en sus ojos, largamente, reposadamente, sin temor ni reverencia, ni cualquiera de los signos del deseo, del odio o del respeto, mezclados en proporciones desiguales, de los que ella estaba separada a fuerza de situarse en la primera fila durante las recepciones oficiales... en Hof...

¡Dios mío! ¡pero si era lo que había soñado esa noche! Ese sueño horrendo. La pesadilla que la había despertado esa mañana tan temprano. Después, no había podido volver a dormirse. Se había levantado para no molestar a František... y también a causa de esos inconvenientes femeninos... y había salido a caminar hasta olvidarla. Hasta olvidarla completamente. (Harrach le dice algo. La mezquita... ¿imperial? ¿Al otro lado del río? ¡Ah, sí! Soliman... *es ist wahre Pracht!*³. Y la biblioteca, *ja*, al lado... Él se inclina hacia atrás para que ella vea mejor. ¡El muy loco! ¡Mientras no vaya a caerse! *Wie?* 4500 manuscritos... *bedeutend!*⁴ ¿acaso cree que me interesa? František, por su parte, ni siquiera ha girado la cabeza. Lo enervan todos esos detalles, esas antiguallas...) Y además hubo, en la partida desde la estación de Ilidža, el incidente del vagón especial. Hacía un calor sofocante. Hubo que bajarse para tomar un vagón normal de primera clase. Ella no era supersticiosa, eso sí que no, pero la había contrariado que llevara el número 13. No le dijo nada a František, se habría burlado de ella. Sin embargo, después del sueño de esa mañana, a más de una conocía ella, de su misma inteligencia y rango, que habría visto en ello un mal presagio... *ich hoffe nicht!*⁵

Perdido. Un día perdido. Ya no se podía hacer nada, hoy. Había intentado buscar un rincón, un ángulo de tiro o de lanzamiento. El fracaso de Čabrinović había echado todo a perder. Al regresar, evitarían el muelle Appel. O bien, si lo tomaban, sería a toda velocidad. Con la capota alzada. O incluso en otro orden. El archiduque adelante, justo detrás del primer auto... o, quién sabe, cuatro por aquí y dos por allá, para despistar. Solo una pequeña, ínfima chance delante del museo. Ni siquiera. Evitarían el museo. Concentrarían allí todas las tropas de la policía. Demasiado tarde para encontrar un lugar propicio. Aquí o en cualquier parte. Quedaba esperar que Čabrinović estuviera muerto, para esa hora. Si Grabež, Ilić o algún otro eran atrapados, ¿sabrían retener la lengua? ... ¿Aun bajo la tortura? Dimitriević. Era culpa de Dimitriević. Él los había confundido, desconcentrado, con su

³ "¡Es magnífica!"

⁴ "¡Notable!"

⁵ "¡Espero que no!"

El sueño de la duquesa

Noche del 27 al 28 de junio, al amanecer

Hofburg. Hofburg, pero en Sarajevo. Sarajevo tal como ella la imagina. Sobre el modelo de lo que ya conoce de Ilidža. Una recepción en Hofburg (Bosnia). Por una vez, ella está en su lugar. En la primera fila de las archiduquesas. František recibe a una delegación de los estados del sur. Un largo séquito de burgomaestres, de gobernadores, de jefes de la policía local. Ahora es el turno de los burgomaestres. Burgomaestre de Ilidža. Burgomaestre de Banja Luka. Burgomaestre de Varaždin. Burgomaestre de Maribor. De Senj. De Zara⁶. De Cetinje. (Pero... Cetinje, ¿no es la capital de Montenegro?) Burgomaestre de Sarajevo. Burgomaestre de Belgrado. (¿Belgrado? ¡Cómo! Habrían debido invitar a los representantes de Serbia.) Coronel Dimitriević. Dimitriević... ¡Dios mío! Ella lo mira intensamente. Él también la mira. Se diría que no mira otra cosa que a ella. Lo que la perturba, en esa mirada, no es tanto que se deslice sobre ella como un áspide antes de posarse sobre un punto preciso de su anatomía —la boca, el hombro, la garganta—, que el hecho de que ella no pueda asirla, fijarla, sostenerla a su vez. Medirse con esa mirada, por lo demás una mirada negra. Negra y serena. (¿Cómo puede saberlo, ella, siendo que no consigue asirla?) Serenamente despojada de deseo y culpabilidad, como sólo pueden serlo las miradas de los criminales... Pero está sin duda influenciada por lo que sabe de la ascensión política de ese bandido local, ese héroe con las manos rojas de sangre, ese regicida proclamado "salvador de la patria" por el Parlamento de un criadero de destripadores, de desolladores, de... ¿por qué se exalta así, tan malévolamente? Se esfuerza por sonreír, por *sonreírle*. Él le devuelve la sonrisa. Descubre una soberbia hilera de dientes blancos, resplandecientes. ¡Cielo santo, esa boca! Una boca que... que... lo ha leído en alguna parte, a escondidas, huele a azufre... "una boca que besaba por sí misma⁷", eso es. ¿Acaso es que le tiene miedo? ¿Miedo de que la bese? No, lo que la perturba es que jamás ha tenido la ocasión de acercarse tanto a un criminal de Estado. Y lo que es más, reconocido como tal, felicitado, promovido, y que debe a su crimen el poder del que actualmente goza. Por lo demás, no deja de sorprenderla un poco que tenga el descaro, y sobre todo el derecho, de aparecer ante el Archiduque. Los arcanos de la política, probablemente. Alguna maniobra liberal o federativa de František... No es que ella se haga muchas ilusiones sobre la pulcritud de las manos de los políticos con los que se codea. No es eso. Pero ninguno, que ella sepa, ha pagado directamente y de tan buena gana con su propia persona como éste. Se dice... Se dice que él mismo abatió, disparándoles con un revólver, a la pareja real en su alcoba. Ayudó a sus esbirros a defenestrar los cuerpos, que todavía estaban calientes cuando los primeros sirvientes los encontraron sobre el lustroso adoquinado del patio de su palacio. Llovía, aquella noche en Belgrado. El 11 de junio de 1903. (1903, ve esa fecha inscrita en su sueño. De pronto se encuentra en esa época.) Acaso porque todavía está debilitada por sus dos embarazos sucesivos, o porque ya está embarazada del tercero (no tiene tiempo de calcular), siente en su vientre el horror y la gratuidad de esa

⁶ Zadar.

⁷ Karl Kraus, *Dichos y contradichos*.

masacre. Como si esas balas, esos sexos de hombres, hubiesen entrado en ella al mismo tiempo que en la carne de la bella Draga. No, exageraba. Dimitrievic, aunque fuese el alma y el brazo ejecutor de aquel asunto sangriento, no podía haber disparado él solo los diecinueve tiros de revólver que habían perforado el cuerpo de Alejandro I Obrenovic; ni, *a fortiori*, las treinta y seis balas que le habían tocado a su esposa. Sin contar las heridas de sable —cinco al marido, cuatro a su mujer—, el ojo arrancado (de Alejandro) y la violación, la atroz violación colectiva de la reina Draga moribunda. ¿Por qué se habían encarnizado así contra Draga? ¿No alcanzaba con la violación? ¿No habían gozado de ella lo suficiente, que hacía falta perforarla, perforarla, perforarla una y otra vez? ¿Que su cuerpo, mientras los últimos en haberla ensuciado, con la verga todavía pegajosa de esperma, volvían a abotonarse la bragueta, debió zarandearse bajo el impacto de las balas, dando a los espectadores la ilusión de que por fin se sacudía con los espasmos que en vano habían intentado arrancarle?... Pero en fin, ¿qué? ¿Por qué se queda Dimitrievic plantado delante de ella? Se dice que está soñando. Que no es más que un sueño. Los otros, burgomaestres y funcionarios diversos, continúan desfilando a su lado. Discurren lentamente, echándole al pasar una mirada oblicua. Intrigada. Inquieta. ¿Por qué František, que estrecha todas esas manos, no ve que la provocadora inmovilidad de Dimitrievic la fastidia? Una palabra de él, un gesto, y el faquín debe circular inmediatamente. Pero es como si František se procurase un malicioso placer en remolonear. En hacerse esperar. La deja sola. Sola con ese gran fardo, ese gran fardo criminal, vicioso, peligroso, en los brazos. Eso le recuerda su parto. Extraño. La misma soledad en el sufrimiento y en la angustia. La misma distancia absoluta con respecto al hombre que tuvo su parte en la proximidad absoluta en la que se origina ese sufrimiento. Ha vuelto a acercarse a ella. Siente el aliento de su boca sobre el rostro. Él respira por la boca. Su aliento caliente. No es desagradable. (No es posible, está demasiado lejos.) Sin embargo, ella lo siente. Querría recular. No puede. Bajo sus talones, siente el vacío, al borde de la tarima. (Eso tampoco es posible: František está apartado de ella.) Sus ojos negros están al mismo tiempo en sus senos, sus caderas, su boca, y sumergidos en sus ojos grises. Sus bellos ojos grises que muchas archiduquesas le envidian. No puede evitar pensar que él la sopesa: su peso de víctima potencial. Su peso de... ¡oh, no, por Dios!... de *consentimiento*. Cómo le gusta eso. El crimen. El crimen político y sexual. Cómo le gusta, en la impunidad política del crimen, el gozo impune del crimen sexual. Eso le provoca un nudo en los músculos del estómago. Al mismo tiempo piensa, vagamente triunfante: hoy, no corro ningún riesgo. ¿Pero mañana? Mañana, František y ella estarán lejos... Pese a todo, se pregunta si él no se atreverá a consumir su crimen aquí mismo, ahora, enseguida. František parece tan ocupado en otra cosa. Saltarle encima, *mit ihr vögel*, apresuradamente, *schnell getan*. Como una niña. No sabe cómo podría hacerlo, pero él es hombre de saberlo. Le ha tomado la mano, ya. (Ella no se la tendía, ¿cómo ha podido tomarla?) Su boca, la boca que ha mordido tal vez los labios de Draga agonizante, se posa sobre su piel. Primero sobre el dorso de su mano (no la toca, ella solamente siente, una vez más, el calor de su aliento) y después en su palma. (¿Es que la ha vuelto del revés?) Ella ya no mira. Se ahoga. ¿Se atreverá él a hacer algo más? Le parece que la tarima desaparece bajo sus pies. Que debería caerse, pero que alguien la sostiene, o tal vez que alguien la levanta. Pasa una corriente de aire bajo su falda. Alcanza sus rodillas. Vuelve a abrir los ojos. Él está muy cerca, pero no tiene los ojos de František cuando tiene ganas de fornicar. No. Tiene un aire distante, vagamente despectivo incluso. Irónico. A menos que sea el colmo de su estrategia sexual. La de la serpiente, de la que tiene la mirada. La esencia misma de la violación. Que haya tomado a Draga de esa manera. Primero que nadie. Antes que todos los otros. De pie. Devorando primero su serenidad interior de mujer en el abismo de sus ojos negros. Perturbar el gris aterciopelado de las pupilas de Draga con el agua negra de sus pupilas, antes de empuñarla por los senos, de arrastrarla hacia él por la fresa roja de sus senos desnudos, y de tomarla. De pie. Delante de los otros. El resplandor de brasa de sus ojos celosos. Una jauría. Una jauría de lobos alrededor de la hoguera de su sexo, quemando sin miramientos el sexo, parecido al de cualquier otra mujer, burguesa, campesina, el de una reina. Corre aire entre sus muslos. Va a gritar. Él sigue sin tocarla. Tan solo sonríe, con todos sus dientes. Va a inclinarse hacia adelante, a morderla. No. No hace nada. El aire, sin embargo, el aire, más arriba, fresco, suave, preciso. Exigente como unos dedos. Ella va a aullar. ¿Qué es lo que puede amar en ella, ese verdugo? ¿Qué lazo entre ella y Draga? ¿La belleza? Ella no cree

ser tan bella. ¿La nación? Tal vez... ¿Draga no era la viuda de un ingeniero *checo*? Eso corre entre sus piernas. Ella aúlla. En checo. "*Bolí!*"⁸ Sin embargo, no le duele. Solo tiene vergüenza. Una vez más es por causa del público. Si no, sería más bien suave, caliente, agradable. "*Bolí!*" Busca el brazo de František, como si fuese a ahogarse. Lo encuentra. Allí está, bien presente, duro, redondo. František rezonga, sacude su brazo. Sofía Chotek se endereza de golpe en la cama. Abre los ojos. Los niños. František. Ilidža. 28 de junio. La regla. No es nada. Un pequeño accidente. Cosas que pasan. A Dios gracias. Está viva. Él. Ellas. Ellos. Era sólo un mal sueño. La muerte. El placer. ¿La muerte? La muerte quedará para más tarde.

⁸ "¡Me duele!"

contraorden. Sobre todo a Ilić. Ya no creía, incluso antes de que se reuniesen para preparar el golpe. ¿Por qué se había quedado, entonces? ¿Por si acaso? Por si lo hubiesen logrado. ¿Para controlarlo, a él, a Gavrilo? ¿A escondidas de Tanković? ¡Mugroso maestro! ¡Mugrosos militares! ¡Mugroso Mano Negra! Mugroso Archiduque...

Francisco Fernando ya había regresado al castillo de Belvedere⁹. En sus pensamientos. Antes, estrechar la mano de Merizzi. Estrechar la mano de Boos-Waldeck. ¿Una medalla a cada uno? ¿Una promoción? Le aconsejarían... Los iba a contradecir completamente, en Viena. A su tío y toda la banda. Ellos esperarían que el viento de la bala lo hubiese despeinado, asustado, conducido a resoluciones más sensatas, y él desembarcaría, al contrario, más convencido que nunca. Este atentado fallido iba a servir a sus designios. Lo que prueba que los caminos del Señor... En fin, vociferaría un poco, para guardar las formas, contra "un puñado de agitadores, aislados del mundo (¡y tac! para Nicolás II), mal entrenados, mal armados (¡y toc! para Patić y para Poincaré), que no constituyen una amenaza de ninguna especie para su gran proyecto de unificación de las provincias eslavas del sur" (¡y zas! para esos cretinos de aristócratas magiars y ese bruto de Hötzendorf¹⁰). ¡Sobre todo a ése, le daría una lección! *Le vieux conard de Conrad!*¹¹ (Era la única palabrota que se permitía en la intimidad, porque le resultaba divertido el anagrama en francés.) Se lo había escrito, incluso, el *idiotisch Feldmarschall*, en 1912, eso significaría la pérdida de la fachada marítima sobre el Adriático y del prestigio de la monarquía, *so ein Blödsinn!*¹² Hizo girar alrededor de su vientre el cinturón dorado, para estar un poco más cómodo. De pronto se encontró extrañamente oprimido, no solamente en ese automóvil, no solamente allí, en Sarajevo, en ese callejón sin salida del Imperio en forma de retrete a la turca —"Un pie en Bosnia, un pie en Herzegovina...¹³—, sino en la Cacia misma, como irreverentemente habían apodado a Austria-Hungría un cierto número de alborotadores intelectuales, de la camarilla de esa chinche de Karl Krauss o de ese dandi de Hofmannsthal (no tenía una idea precisa de su respectiva influencia real).

¿La Triple Alianza? Era sólo un medio. Lo que él quería eran un marco mucho más grande. El marco de *Europa*. Ríanse... ríanse... ¡Ya lo verán! ¡Ya iban a ver, todos! Francisco Federico se alzó el chacó con la mano izquierda. Rascó con un rápido movimiento lateral de las uñas de la mano derecha el cabello que llevaba corto por encima de las orejas. Luego hizo lo mismo, cambiando de mano, con la sien izquierda. Si tan solo pudiese quitárselo un momento. No sería posible antes de mediodía. Una hora más debía aguantar con ese accesorio emplumado que, como había escrito un oficial austríaco de su edad¹⁴ en un monólogo que se leía solapadamente en el ejército, "comprime el cerebro" e "impide pensar correctamente", muy cierto... ¿Por qué frenaban tan pronto? Apenas acababan de partir.

⁹ Residencia del Archiduque.

¹⁰ Jefe del Estado mayor general austro-húngaro.

¹¹ "¡Ese viejo imbécil de Conrad!"

¹² "¡Si será idiota!"

¹³ "... caguemos en el Adriático", canción popular austríaca.

¹⁴ Se trata desde luego de Arthur Schnitzler, y de su relato *El teniente Gustel*.

"*Nein! Halt!*"⁵, grita Potiorek. *Hierher! Durch die Uferstraße!*"⁶ Se ha alzado cuan alto es aferrándose al parabrisas. Las plumas de su chacó se ponen a flotar. Se le meten a Harrach en la boca. Al archiduque la espalda de Potiorek le obstruye la visión. No comprende nada. ¿Qué están haciendo? El chofer tampoco. Frena. Los dos autos, delante de él, han girado en la calle Francisco José. ¿Qué quiere, ahora? (No le gusta Potiorek.) ¿De qué sirve ponerse a vociferar así? Da un golpe de volante hacia la derecha, sin dejar de frenar. Hay que llevar como es debido a la duquesa. Él es el chofer de sus Altezas, no de ese gran gritón del general. (Además es viejo, tiene las piernas cortas y la nariz grande.)

Princip está entre la multitud. Desde que oyó alzarse los vítores por el tramo del muelle que va del Ayuntamiento al Puente Latino, se abrió camino a través de la muchedumbre para ver los autos. Vio al primero girar en la esquina de las calles Rodolfo y Francisco José. El segundo, no pudo verlo bien. ¿Era el del Archiduque? Un tercero. El penacho. Dos penachos verdes. Tres. Rojo. La duquesa. Su corazón dio un brinco. Ahí llegan. Van a pasar. Empuja a la gente a su alrededor. "*Molim! Molim! Oprostite!*"⁷ Codos, rodillas, espaldas. Ve a Franjo. Franjo lo ha seguido de lejos toda esta mañana. Sin atreverse a aproximarse. Las consignas. Franjo y un amigo. Que lleva una cinta con los tres colores serbios, el muy idiota. ¿Por qué no unos panfletos en la mano, también? ¿Unos ejemplares de *Narob*, el periódico de oposición? El auto de los penachos verdes ha aminorado la marcha. Princip se acerca. Franjo lo ha alcanzado. *Još! Još!*⁸, dice, sobrecitado. Patalea. (No habla con Franjo, pero éste opina, a su espalda: *Da! Da!*⁹, como si lo acompañase en su trance: *Paznja!*¹⁰).

Ahora todo es posible. El Archiduque está ahí, a diez metros, detrás de las cabezas. El auto detenido, con el motor en marcha, cerca de la acera, delante de la carnicería. ¡Es el cielo el que se lo envía! ¡El diablo! ¡El alma negra de Zerajíc! Y él está casi en primera fila. Intenta desatornillar el capuchón de la bomba. Tiembla demasiado. Nunca ha temblado de esta manera. *Es porque lo tiene. ¡Lo tiene! ¡A sólo cinco pasos! ¡El cazador! ¡El jabalí! ¡La bestia! ¡El hijo del Buey! ¡El heredero! ¡Lo tiene!* El odio, todo el odio acumulado desde hace meses, desde hace años, desde la infancia, ha ascendido de golpe. Su intensidad lo sorprende. No era así en la barraca de tiro. En un relámpago ve la pequeña iglesia ortodoxa votiva del parque Topčider, el Konak Kneza Miloša²¹, ve los cartones agujereados, a la cabeza, al corazón, incansablemente, oye las órdenes que caen como sanciones, *Desno! Levo! Još! Više! Suvše!*²² Todo aquello, todo ese sufrimiento, esa soledad, esa disciplina, esas mañanas de invierno en que los resortes de los cargadores se agarrotan, en que el aliento forma una bruma delante de la mira, en que las carcargas de los revólveres se pegan a los dedos y cinco minutos después quemán... para llegar a este momento, a este momento único. Suelta el capuchón de la bomba. Es su chaleco lo que le estorba. ¿Qué necesidad tenía de ponerse un chaleco? Hunde la mano derecha en su bolsillo. Inmediatamente, el índice encuentra el *pontet*. Se

¹⁵ "¡No! ¡Pare!"

¹⁶ "¡De este lado! ¡Por el muelle!"

¹⁷ "¡Por favor, disculpe, perdón!"

¹⁸ "¡Acercarse un poco más!"

¹⁹ "¡Sí! ¡Sí!"

²⁰ "¡Cuidado!"

²¹ Antigua residencia del príncipe Milós (1894).

²² "¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Otra vez! ¡Más! ¡No tanto!"

desliza en él. ¡Calma! ¡Calma! No sacarlo enseguida. *Uskoro! Uskoro!*²³ Se habla como a un animal. *Es* un animal. Lo sabe. Lo siente. Lo desea. ¡No pensar! ¡No flaquear! Es un combate de bestia a bestia. Frente a frente. Será el cráneo más duro, el cuerno más obtuso o vicioso de los dos el que saldrá vencedor. Patalea. Deja desgranarse los segundos, tiene la impresión, en décimas, en centésimas, tan tenso está, en su lugar. Receptivo. Reactivo. Deja que las palabras asciendan a su boca, con odio, como el producto de una larga rumia. Si escupe su odio primero, el otro quedará clavado en el aire mucho antes de que las balas lo alcancen. Será un blanco inmóvil. Lo insulta apretando los dientes, apretando el puño en el bolsillo, todos los músculos despiertos, todos los esfínteres. *Govedo! Tele!*²⁴ Tiene frío, tiene calor. No demasiado odio, tampoco. No se necesita demasiado. *Smiri se! Polako!*²⁵

Francisco Fernando se ha enderezado a medias. ¿Qué pasa? Potiorek lo estorba con su espalda. Por encima de las cabezas, lee el nombre de la tienda que ocupa esa esquina. Maquinalmente. *Šiler*. La gente se aglomera del lado derecho. Han reconocido a la duquesa. Si no se deciden a partir, será un tumulto. Se retrasarán. Les tiene horror a los tumultos y a los retrasos. Cualesquiera sean el lugar y el horario. Con más razón en el callejón sin salida. Lo peor es Viena. Cada año. En el momento de la procesión de Corpus Christi en el Graben. Caminar con la cabeza desnuda detrás del Emperador. Quien iba detrás del palio. Toda esa gente en los balcones, retenidos detrás de las empalizadas decoradas con guirnalda verdes. Una doble hilera de húsares, avanzando al paso lento del palio, el sable desenvainado. De pronto, aquí, en esta margen del muelle, se sintió desnudo. Demasiada gente. Sin protección. Ningún orden. La jerarquía, la etiqueta, volatilizados. A la deriva. ¡Incapaz de seguir siquiera un itinerario! Un gobernador incompetente. Choferes sordos. Un conde de pie sobre el estribo. El *Wurstelprater*²⁶. ¡Mejor! ¡El *Böhmischer Prater!*²⁷ A este ritmo, servirían fríos los soufflés, y el Mostar caliente en el hotel *Bosna*. A la duquesa no le importa. Esta parada la divierte, casi. Un blanco en sus pensamientos tristes de la noche. Ella ve rostros de cerca. Rostros de niños. De mujeres. Aspira olores desconocidos. Exóticos. Embriagadores. De buena gana descendería a caminar un poco. Si no fuera por ese vestido que se pega a las nalgas por causa del molesquín del asiento. Ella alza ligeramente el... Detrás de Potiorek, lo ha visto. *¡Los tiene, a los dos!* ¿Qué es ese imbécil de *Švaba*²⁸ sobre el estribo? Peor para él. Es... *odmah!* ¡ahora! Princip saca la mano derecha del bolsillo. Alza lentamente el brazo. Muy alto. (Su chaqueta no le estorba, tuvo razón en...) Lo baja. Tenso. *Sutra* (el mañana) está allí. En el eje del brazo. ¡El mañana es *zelen*, verde! Piensa solamente esto: *Levo* (a la izquierda) *Vrlo malo* (apenas), pues sabe que la pistola desvía a la derecha, y presiona el índice sobre el gatillo. Una vez.

²³ "¡Muy pronto! ¡Muy pronto!"

²⁴ "¡Buey! ¡Ternero!"

²⁵ "¡Cálmate! ¡Despacio!"

²⁶ El Prater de las marionetas.

²⁷ Pequeño parque de atracciones vienés de la circunscripción X^a.

²⁸ "Alemán".

¡BANG! Ve el cilindro amarillo brillante del casquillo saltar delante de sus ojos. ¡Fallido! En la portezuela. Sin embargo la duquesa se ha echado hacia atrás alzando el brazo derecho. ¡Mierda! Le ha dado a la cerda... *Desno! Desno!* ¡A la derecha! ¡A la derecha! Oye ¡GLING! el casquillo que cae sobre la acera. El Archiduque lo ha visto. Se endereza, bien erguido. Lo fusila con la mirada. Su mirada clara de cazador, de mil y mil piezas de caza. Una mirada de matador. De conocedor. Sabe que va a morir. Que muera sí... Empuja a su mujer con las dos manos. ¡Ahora! *Jas!* (¡Otra vez!) La duquesa se desploma contra el Archiduque. Lo bloquea, de pie, contra la portezuela. *¡Lo tiene!* Esta vez, tira sin mirar. Dos veces. Tres. ¡BANG! ¡BANG! Cuatro. ¡BANG! barriendo siempre hacia la derecha en la esperanza ¡GLING! ¡GLING! de acertarle también a Potiorek... Vuelve a abrir un ojo. Los dos. Los brazos aún extendidos. Silencio.

La duquesa siente el golpe antes que la quemazón, y la quemazón antes de oír el silbido ¡FIUNT! de la bala, al mismo tiempo que el impacto ¡DUNG! de ésta en el metal de la portezuela. Un dolor fulgurante en el vientre. Del lado derecho. Abre los ojos. Se siente irresistiblemente empujada hacia los muslos de František. František se ha levantado. Ella ve. (¡No se debe!) La boca negra, tan pequeña, tan redonda, en sí amable, inocente, del arma que apunta. Siente que František intenta desprenderse. La aparta, sin miramientos. Ella querría ayudarlo. Hacerse liviana. No puede. Es como si una fuerza centrífuga la pegara al asiento. Y otra vez el hocico negro. El relámpago. ¡BANG! Cierra los ojos. El silbido ¡FIUNT! en sus orejas, pero sin impacto. Erró. František debe de haberlo logrado. Se desliza. Pesa menos. Escapa. Está salvado. Ella vuelve a abrir los ojos. El cielo. Puro azul. Silencio.

El agente de policía Spahović ha comprendido. Con el primer disparo, engañado por el eco, giró la cabeza hacia la izquierda. Nada. La giró a la derecha, y oyó el segundo. Ve a Princip. Camina hacia él. El ruido de los casquillos, cristalino. Otros dos disparos, antes de que él lo alcance. Piensa: ¡son varios! Aferra el brazo extendido de Princip, lo baja violentamente. Del cañón sale humo. Entrevé a alguien, a su derecha. Vienen a ayudarlo. Recibe un golpe de una violencia inusitada en la rodilla. Pierde el equilibrio, cae sobre la calzada. ¿Es una bala, a quemarropa? No, un cómplice. Un puntapié. Se protege con el brazo. En vano, supone. Van a matarlo. Pero no.

En el automóvil de Harrach, el chofer, enloquecido, constata que el pedal no responde. El motor se ha apagado. Él también va a morir. Culpable por dejar que el motor se apagara. Culpable por haberse detenido. Culpable. Culpable. *O mně!*²⁹ A su lado, el gran berreón del general: "*Schnell! Schnell! beeilen Sie Sich!*"³⁰ Se despega de su asiento, manivela en mano. Enfrenta a la muchedumbre, al asesino. Hay refriega, allí cerca, a su derecha, pero él no mira. No es su problema. Su problema es sobrevivir, el tiempo necesario para hacer arrancar otra vez esa máquina. Después... Le da la espalda a la multitud, separa las piernas, echa el peso de la espalda y de los hombros sobre la manija. ¡Arranca, mierda! ¡Arranca! Resopla por la nariz, de miedo y de cólera.

²⁹ "¡Es mi culpa!"

³⁰ "¡Rápido! ¡Rápido! ¡Apresúrese!"

La duquesa tiene un velo negro delante de los ojos. Se oyó gritar... se diría que hace mucho tiempo, pero, quizás, no hace un segundo, todavía tiene el eco de su frase en el oído: "Por amor de Dios, ¿qué pasó?"... ¿Qué pasó? ¿Qué pasó...? Sobreimpreso a este eco, puede oír que alguien le habla. Tiene su cabeza sobre las rodillas de alguien. ¿De quién? ¿De František o de Harrach? De František. Pero sí, es František. Oye hablar a František. Decirle cosas con insistencia. Incluso eso, lo oye mal. ¿Por qué? El dolor en el vientre es más fuerte. Alcanza el estómago, los riñones, desciende por los muslos. Las piernas le tiemblan. Irreprimiblemente. Su vestido de seda está mojado. ¡Dios mío! Se está manchando... Es como si se vaciara repentinamente de sus reglas. Como si pariese en público. La placenta. El niño... ¿El peritoneo? Ya no sabe. ¡Que alguien la auxilie! Que no la dejen sufrir, despatarrarse así, en plena calle, en un coche. František —eso es, lo oye un poco mejor— la llama: "¡Sofer! ¡Sofer!". ¿Por qué su nombre íntimo, en público? ¡No en público, por favor! ¿Por qué dice: "No te mueras"? Ella no se muere. "No te mueras..." ¡Pero si no me muero! Haría mejor en ocuparse de salir de allí... Oye a la muchedumbre gritar, hablar, respirar a su alrededor. En una lengua que no comprende. Debe de haber habido un accidente. ¿Una bomba? No. No como la de más temprano. No consigue acordarse de lo que vio justo antes del dolor en el vientre, el velo negro... ¿Por qué dice "no te mueras" con esa voz? Ella no reconoce esa voz. ¿František? ¿Fran-ti-šek? Él tampoco la oye. ¿O acaso es que está afónica...? Él dice: "Vive por mis hijos"... ¿Llora? ¿Está loco? Los niños están en el Belvedere. Bien seguros. Y él lo sabe muy bien. En el Belvedere. ¿Y nosotros, dónde estamos? Ella murmura: "*Nechápu*", no entiendo. En checo. Y luego "*Marné... marné*", absurdo. Oye a Harrach preguntarle algo a František. ¿Si está sufriendo? ¿Y por qué no a ella? ¿Es František quien está sufriendo, o es ella? "*Das macht nichts.*"³¹ ¡Fácil decirlo! ¿Por qué se dirige a Harrach en lugar de ocuparse de ella? Que ella esté después del Archiduque para Harrach, vaya y pase, pero que František responda por ella, ¡es un poco fuerte! ¿Por qué, por qué es que no comprende? ¿Que su intimidad (la sangre, el dolor) revelada, expuesta a plena luz del día, le causa más dolor que el golpe que ha recibido en el vientre? Ya se acuerda. ¡Eso es! El hocico negro. El impacto. El ruido. Es una bala. Ha recibido una bala. ¿Hace tanto daño una bala? "*Das macht nichts.*" Se diría que ha recibido la descarga de un fusil de caza... Un disparo de arcabuz... una lanza. Siente un ligero choque en su espalda. Muy suave. Se diría que se la llevan. El auto ha debido arrancar. ¿Hacia dónde? ¿Se puede morir de un solo balazo? No se atreve a poner su mano allí. Tocar. ¡El vestido, Dios mío, el vestido! ¡Un vestido de seda blanca, tan hermoso! Va a quedar todo manchado. Quizá incluso desgarrado. Irrecuperable. "*Das macht nichts.*" ¿Tú lo crees? Se diría que no las conoces... ¿Qué van a decir las archiduquesas, al verla regresar en este estado a Hofburg? ¿Y el viejo emperador? ¿Y la Schrott? Ya puede ver la sorna en sus ojos. Ya los oye...

"*Das macht nichts.*" Desde que su auto ha conseguido volver a arrancar, Harrach constata que la voz del Archiduque está cada vez más apagada. Los rasgos del semblante sensiblemente torcidos. Le corre un hilo de sangre desde la comisura de los labios. Se seca con su pañuelo. Harrach está conmocionado. Se aferra al borde del Graef con una sola mano, y esa mano le duele porque el chofer, aguijoneado por las órdenes de Potiorek, un Potiorek de pronto engrandecido por la estatura del drama, rueda a gran velocidad. Él sabe

³¹ "No es nada".

que el Graef puede ir aun más rápido, también el chofer lo sabe, pero llevan dos heridos. Dos moribundos. En cuando a la duquesa, él lo ha comprendido de inmediato. Parece serena. Relajada. Medio acostada sobre las rodillas de su marido, con su vestido blanco, se diría una novia repentinamente vencida por la fatiga en mitad de la ceremonia, o dominada por el sueño durante el trayecto, de regreso de una agotadora fiesta de las flores en provincia. Por lo demás, el ramo de flores que tenía al llegar sigue ceñido por su cinturón de seda roja... Pero en lo tocante al Archiduque, no quiere creerlo. Espera, ruega. No los dos, él no, no hoy. La bala ha perforado el cuello de su túnica, quemando ligeramente el tejido. Si ha tocado la yugular, está perdido. Harrach intenta enderezarle la cabeza, que se bambolea con los tumbos del camino y la velocidad. La túnica azul cielo está toda manchada de sangre del lado izquierdo. En el pecho, donde hace un momento reposaba el mentón, pero también más abajo, en el bolsillo, en lo alto de la manga izquierda, hasta el codo. El gorgoteo sanguinolento de la garganta ha recrudecido (¿o tal vez se lo oye mejor porque él le ha enderezado la cabeza y, en esa posición, la boca queda entreabierta?). La deformación del rostro es un mal signo. Prueba de que la bala ha tocado los centros nerviosos, quizá la médula espinal... ¿Pero dónde demonios está esa maldita residencia del gobernador? *Sehr weit weg?* ¿En el mismísimo infierno?

[...]

No está muerto. Todavía no. Sin duda va a morir, pero no aquí. No en la esquina del muelle. Lo arrastran, a medias lo alzan, a través de las calles, hacia la estación de policía. La policía, ahora, se ha vuelto su aliada. Aparta a los curiosos que acuden de todas partes. Le hace sortear grupos hostiles, grupos llenos de odio. Le evita puñetazos. No todos. Los que le asestan en la espalda. Los que golpean su nuca. No ve muy bien con el ojo derecho. Tiene sangre que le corre sobre el ojo, desde la frente y el cuero cabelludo. Sangre también en la boca. Ha matado al Ternero, lo sabe, lo oyó. Quizá incluso a la esposa del Ternero. En cuanto a Potiorek, no sabe... Mató a *Tele* hará pronto diez minutos, ¡y todavía sigue vivo! Avanza. Arrastrado. Tironeado. Llevado en volandas. Lo insultan. Hay quien escupe a su paso. El que lo sujeta por el brazo izquierdo camina más rápido que el que lo sujeta por el brazo derecho. Es más alto también. Más joven. Delgado. Solo ve sus pantorrillas. No es un policía. Lleva ropa común. Le hace una suerte de llave en el brazo que le desarticula el hombro. Le causa mucho dolor, pero él no dice nada porque el otro es alto y no pronuncia una palabra, y porque lo sostiene, también, cuando sus piernas, a veces, flaquean debajo de él, como si fuese a desmayarse (le gustaría desmayarse); pero dura tan solo un instante, y enseguida vuelve a encontrar el adoquinado bajo sus pies. Le echa un vistazo. Es joven, en efecto. Una gorra. Bigote. Un rostro fino. Mentón pequeño. Los ojos almendrados. ¿Por qué 'el? El de la derecha es un policía. Un viejo. Bajo. No más alto que él. Lo sujeta con dificultad. No lo sostiene cuando se derrumba. Se contenta con darle un empellón. Empujarlo rudamente con el codo. *Napred!* ¡Avanza! Tiene miedo, también él, a su manera. No le gusta lo que hace. No le gustan los criminales, pero menos aun le gusta enfrentar a la gente a la que no le gustan los criminales. Que tienen rostros de criminales. Que querrían

poder matar. Matar impunemente. A su vez. Quizá, simplemente, tiene miedo de recibir un golpe. Se acercan a la estación de policía. Árboles a la izquierda. Una plaza. Detrás de él, oye el bullicio vengador de una verdadera multitud. A veinte pasos detrás de él. Un grupo de campesinos bosnios, a la derecha. Frente a la entrada. Vestimentas locales. Chaleco, fez. Cuenta tres, cuatro, cinco. Seis. Cuando se acerca al felpudo, es la avalancha. Cuatro de ellos se arrojan sobre él. El viejo policía se ve desbordado. Grita. Un policía de guardia se interpone. Blandamente. El civil, el del brazo izquierdo, lo arrastra hacia sí, lo levanta, lo empuja. Pasa. Va a pasar. No. El más menudo ha logrado infiltrarse. Lo golpea dos veces en la espalda. Hay otro que ha debido de dar la vuelta, bordeando el muro. Le da puntapiés. Dos. Tres. En las piernas. En la parte baja de la espalda. ¡Salvado! Ya está dentro. Salvado. Por algún tiempo. No pensar. Ya no pensar hasta que haya pasado el momento del peligro. Retrasado el momento de morir. Reducido, evitado el sufrimiento. Tragarse su muerte suavemente. Un paso detrás de otro. A pequeños sorbos. La pena será menos dura. El castigo es algo que se programa. Como todo lo demás. Uno se prepara. Uno manipula la idea como lo hace con el cargador de un arma. Cuando la muerte llega, uno ya está muerto. No se castiga a un revolucionario. No se lo condena a muerte. (¿Cuántas veces no ha machacado esa frase?) Se lo *conduce* a la muerte.